

Hugo Bouter

# Jesucristo, el justo

## *Meditación sobre el Salmo 1*

Salmo 1

---

### El camino de los justos y el fin de los impíos

Existen dos clases de caminos. Podríamos decir que dos fuentes, de las que se nutre la gente. En los Salmos encontramos todo tipo de enseñanzas prácticas para los creyentes, aunque se trate de la antigua dispensación. Si encontramos en ellos un justo y un impío, tenemos ante nosotros el contraste de dos tipos de personas: en el justo vemos una imagen de nosotros mismos como creyentes neotestamentarios, porque sabemos que hemos sido justificados por gracia y mediante la fe. Somos declarados justos en virtud de la obra consumada del Señor Jesús, quien murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Ro 4:25).

Parece obvio que en el Antiguo Testamento también se conocía el principio de la justificación por la fe. Lo vemos en el caso del patriarca Abraham. Hace poco reflexionábamos sobre ello; también lo vemos en David, que en el Salmo 32 habla de la felicidad del hombre cuya transgresión es perdonada, cuyo pecado es cubierto: «Bienaventurado el hombre a quien Yahveh no imputa iniquidad» (Sal 32:1-2).

La justificación es la remisión de nuestros pecados, pero también una absolución. Podemos salir libres sobre la base de la obra consumada del Señor Jesús, puesto que Dios no nos imputa nuestras iniquidades. Otro se ha puesto en nuestro lugar y

ha cumplido lo que cabía esperar de nosotros. Por ello, cuando leemos los Salmos, podemos considerarnos personas justificadas.

## El Justo

Más hermoso aún es pensar en el Señor Jesús, el Justo con mayúsculas. Él es el Santo, y el Justo. El apóstol Juan dice que tenemos un Abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo. Y es también la propiciación, o la ofrenda, por nuestros pecados (1 Jn 2:1-2). Constituye un estudio provechoso leer los salmos con la mirada puesta en el Señor Jesús. ¿En qué parte de ellos puedo aprender algo sobre el Justo? Los salmos que hablan en concreto de Él se llaman salmos mesiánicos, es decir, cánticos con referencias específicas al Mesías.

Y no tenemos que aventurarnos lejos, ya que los Salmos 1 y 2 hacen referencia claramente al Señor Jesús. El Salmo 2 quizás más que el Salmo 1, porque allí tenemos al Rey ungido, designado por Dios sobre Sion para reinar en justicia: «Su dominio se extenderá hasta los confines de la tierra. He puesto a mi Rey sobre mi santo monte de Sion. Pídemelo, y te daré por heredad las naciones, y por posesión tuya los confines de la tierra» (Sal 2:6, 8). Vemos al principio del libro que, el Espíritu de Dios, al darnos una definición del Señor Jesús como el Rey Ungido, avanza en realidad hacia el futuro distante y nos ofrece una imagen del glorioso fin de los tiempos, cuando Jesús reinará en la tierra. En ese Reino de Paz glorioso, la ley saldrá de Sion, y todas las personas se someterán al Señor y a Su Ungido.

Leemos en el libro del Apocalipsis sobre este momento final de la historia, después de los juicios: «Ha llegado la salvación, la fuerza, el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo» (Ap 11:15; 12:10). Este es el Rey ungido del que leemos en el Salmo 2, que fue designado por Dios: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado» (v 7). Asimismo, en el Salmo 1 podemos ver una imagen, no solo de nosotros, sino de Jesucristo, como el Hombre perfecto, el Justo que recorrió su camino en la tierra en dependencia de Dios, guiado constantemente por el Espíritu Santo. En todo momento, Su Padre celestial tuvo los ojos puestos en Él.

## Caminar, estar de pie, sentarse

«Bienaventurado el hombre que no anda en consejo de impíos, ni sigue camino de pecadores, ni se sienta en silla de escarnecedores» (Sal 1:1). En realidad, estas beatitudes hacen referencia al justo, lo que se deduce de los últimos versículos del salmo; sin embargo, el primer versículo habla únicamente del hombre que no sigue

ningún camino. Podría decirse que el justo se contrapone a tres grupos de personas: al consejo de los impíos, al camino de los pecadores y que no se sienta en la silla de los escarnecedores. Impíos, pecadores y burladores. Estos tres tipos son opuestos al justo.

Se observa cierto ascenso en esta tríada. Una persona impía es aquella que vive sin Dios en el mundo, que no le conoce y está separada de Él. Un pecador es aquel que no solo está separado de Dios, sino que realmente peca, hace cosas que son contrarias a la voluntad divina. El hecho de que está separado de Dios se refleja en todo tipo de acciones contrarias a Su voluntad. Y luego está el tercer grupo de burladores, quienes van un paso más allá. Un burlador es alguien que no únicamente no quiere tener en cuenta a Dios, sino que además ridiculiza y se burla de la Palabra divina, de los asuntos de la eternidad.

También tenemos burladores en el Nuevo Testamento. Aparecen particularmente en los últimos días. Leemos en la segunda epístola de Pedro acerca de la manera en que el apóstol advierte al respecto: «Sabido primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su venida?». De modo que observamos un cierto crecimiento o progresión de estos tres tipos de personas: los impíos, los pecadores y los burladores. Los últimos indican, como dije, una característica del tiempo en que vivimos. Estas personas ya no solo quieren tener en cuenta a Dios, sino que también se burlan de Su Palabra, de todo lo que es santo y bueno. Es una rebelión abierta contra lo divino.

Asimismo, se observa un orden en la actividad de estas personas. Existen el consejo de los impíos, el camino de los pecadores y la silla de los burladores. Tras leer todo esto, puede que digas: «Claro, todo comienza con mi vida de pensamiento, con las cosas que me llenan y considero en el corazón, en lo que estoy pensando...». Con ello empieza todo en nuestra vida, porque del corazón brotan los asuntos vitales (Pr 4:23). La primera actividad es andar en el consejo de los impíos. Y en la segunda se menciona el camino que contemplan los pecadores, que, en realidad, implican varias cosas, como caminar, estar de pie, sentarse... En realidad, este camino no ofrece esperanza alguna. Y puede que te encuentres comodísimo ocupando la silla de los burladores. Este es un camino con un fin equivocado.

## Bendecidos

¿Qué camino tomamos, adónde nos dirigimos, dónde estamos sentados? ¿Qué compañía frecuentamos? Deberíamos hacernos todas las preguntas posibles. Y lo

bueno que leemos aquí, en el primer versículo, es: «Bienaventurado, o feliz, el hombre que no anda..., etc.» Así que el primer Salmo comienza con una bienaventuranza, lo cual significa que puedes ser feliz si te apartas de esta clase de personas al no seguir sus consejos, no cruzarse en su camino ni sentarse en su compañía: los impíos, los pecadores y los burladores. Entonces se produce una clara distinción entre nosotros, los creyentes, y el mundo, que lamentablemente se enfrenta a la destrucción. Cuando Dios puede llamarnos felices y alabarnos por ello, es algo realmente importante. Él ve lo que hay en nuestros corazones, lo que pensamos, las decisiones que tomamos. También ve el camino que seguimos y dónde nos detenemos.

Podríamos preguntarnos en qué se diferencia el justo de todas estas personas. Esto es en realidad lo que cantamos y leemos en este Salmo: «Bienaventurado el hombre que se deleita en la ley del Señor y medita en su ley día y noche» (v 2). El creyente tiene un objetivo muy diferente en su vida al impío, al pecador y al burlón. Concretamente pensamos en lo que sucede en el mundo y en lo que se ocupa la gente, en las cosas que llenan sus corazones y las que entretienen sus mentes. Y nos atrevemos a preguntar: ¿en qué está ocupado tu corazón? ¿Estás determinado a recorrer estos caminos o tienes algo más en proyecto? ¿Tienes la Palabra de Dios a tu disponibilidad? ¿Encuentras gozo en la ley del Señor y meditas en ella día y noche? Resumiendo: ¿nos ocupamos de la Palabra de Dios? ¿Es este el tesoro que disfrutamos?

## Plantados junto a ríos de agua

Dios ve lo que hacemos. Lo sabe todo de nosotros. Nos llama bienaventurados y felices cuando nos sentamos junto a las fuentes de agua viva, cuando encontramos nuestro gozo en la Palabra de Dios. Cuando pensamos en ella y la meditamos de día y de noche. Esto en realidad refleja lo que puedes leer en los preceptos de Levítico 11 sobre los animales limpios, que eran rumiantes. El alimento tenía que pasar de nuevo a través de ellos, por así decirlo. Y pasa lo mismo con los creyentes, por quienes el alimento de la Palabra de Dios tiene que pasar una segunda vez. Tienes que rumiarla. No puedes asimilarla de una vez, sino que es necesario procesarla en el corazón, en lo más íntimo de tu ser. Dios llama «rumiar» una característica de los animales limpios.

Lo mismo sucede con otra característica de Levítico 11 respecto a las pezuñas hendidas. Proporcionaban un andar estable, unos pasos firmes. El andar de un creyente se trata claramente en el Salmo 1. No debe andar en el consejo de los

impíos, ni andar en el consejo de los impíos ni permanecer en el camino de los pecadores. Debe tener un andar conforme a la voluntad de Dios, que Él pueda considerar puro. Porque entonces será como un árbol plantado junto a los ríos de agua. Es evidente que la Palabra de Dios, la ley del Señor, como es conocida aquí, se compara con estos ríos, estas corrientes vivificantes y refrescantes. El justo es como un árbol plantado junto a estos ríos. Bebe del agua viva y se nutre de la Palabra de Dios.

Por eso, cuando encontremos felicidad y consuelo en la Palabra de Dios, pensaremos en ella de día y de noche. Tal vez estés pensando que cierta parte de la Biblia basta y luego te acuestes, te levantes al día siguiente y pienses: Así es, ese es el sentido del texto que he leído. Esto es lo positivo de meditar sobre la Palabra de Dios en todo momento. Leemos en el Salmo 16:7 que somos instruidos incluso de noche: «También mi corazón me instruye en las estaciones nocturnas». Se dice específicamente del Señor Jesús, pues es otro salmo mesiánico. También se aplica a nosotros, cuando de noche, incluso, Dios nos está enseñando si pensamos en Su Palabra, si la leemos y meditamos en Su ley día y noche.

El justo, plantado junto a corrientes de agua, da fruto a su debido tiempo. Como un árbol fructífero. Así que la persona justa, el verdadero creyente, es un árbol que se nutre del agua viva de la Palabra de Dios, y fructifica. La hierba que brota del campo también se compara con el hombre, pero aquí interviene otro aspecto: el de la inconstancia del hombre. Como la hierba, nuestra vida es corta, dice la rima del Salmo 90.

## Fruto en sazón

Este es un árbol más útil. Es impresionante y muestra firmeza. Puede dar fruto, lo que indica también una característica maravillosa en la vida de un creyente, quien se alimenta de las aguas vivas. Tal persona es guiada por el Espíritu Santo y produce frutos de un valor duradero. Podemos pensar, pues, en los nueve frutos del Espíritu Santo, sobre los que leemos en Gálatas 5. ¡Fruto ofrecido en el tiempo de Dios!

Todos conocéis la parábola del Nuevo Testamento sobre el dueño de una viña, que vino a buscar frutos, mas no había ninguno en los árboles (Lc 13:6-9). ¿Y qué podemos decir de nosotros? ¿Hay fruto en nuestras vidas, en nuestros corazones? Fruto en sazón, como dice aquí. Cuando Dios observa nuestras vidas, cuando entra en ellas y trata con nosotros, ¿puede encontrar fruto? También puede encontrar follaje, hojas verdes, que no se marchitarán. Esto también es importante, porque habla de lo que se puede ver exteriormente en la vida de un creyente, de la

confesión de un cristiano. ¿No sucede que se marchitan las hojas verdes en nuestra vida? Si nos alimentamos de los ríos de agua de la Palabra de Dios, si tomamos lo suficiente de ella, nuestras hojas estarán siempre verdes.

De hecho, leemos sobre estas mismas cosas en el libro de Jeremías. En el capítulo 17 del profeta, se pronuncia una maldición sobre «el hombre que confía en el hombre y hace de la carne su fuerza, cuyo corazón se aparta del Señor. Porque será como arbusto en el desierto, y no verá cuando venga el bien, sino que habitará en los lugares resecos del desierto» (Jer 17:5-6). Y a continuación tenemos el contraste: «Bienaventurado el hombre que confía en el Señor, y cuya esperanza es el Señor. Porque será como un árbol plantado junto a las aguas, que extiende sus raíces junto al río, y no temerá cuando llegue el calor, sino que su hoja estará verde y no se angustiará en el año de sequía, ni dejará de dar fruto» (Jer 17:7-8). Es la misma imagen.

Mientras permanezcan junto a las aguas y sus raíces se extiendan lo suficiente para estar firmemente arraigadas – de modo que puedan beber del agua del arroyo –, las hojas permanecerán verdes y el árbol no dejará de dar fruto. Fruto, esta es la actividad del Espíritu. Las hojas hablan de nuestro testimonio, de nuestra confesión al mundo. Y así se produce fruto en sazón, fruto para Dios, y se genera un buen testimonio a nuestro alrededor: «Cuya hoja tampoco se marchitará, y todo lo que haga prosperará». Esta es la forma de bendecir del Señor.

Ignoro si podemos decir lo mismo. Creo que hay muchas cosas en nuestra vida que emprendemos sin conseguirlas. Pero si realmente actuamos en dependencia del Señor, si nos alimentamos de las aguas vivas y nos dejamos guiar por la Palabra de Dios y el Espíritu divino, lo que emprendamos en dependencia del Señor también prosperará en Su fuerza. El árbol permanecerá en pie. A diferencia de los impíos, que son como la paja que se lleva el viento y nada queda de ella. Un contraste enorme que se produce en el Salmo 1.

Mas los impíos no son así. No permanecerán de pie cuando Dios venga con Sus juicios sobre este mundo y aquellos sean como la paja llevada por el viento. Sin embargo, el árbol tiene firmeza, se mantiene plantado profundamente en la tierra, extendiendo las raíces hasta los arroyos pese a las tormentas. Y cuando viene el calor de la tribulación, todavía puede dar fruto para Dios.

Los impíos son como la paja llevada por el viento. Cuando Dios venga con grandes tormentas en el tiempo del fin, no quedará nada de los impíos, lo cual es bastante grave. En cambio, los justos son el trigo que el Señor recogerá en Su granero. Los impíos no perdurarán en el juicio. Habrá una eternidad y un juicio divino. Ningún pecador permanecerá en la comunión de los justos, ya que el Señor conoce el

camino de los justos. En el versículo 1 se contrasta este último con el camino de los pecadores: «Pero el camino de los impíos perecerá». El Señor conoce el camino de los justos, y nada queda de él.

¿No es esto un tremendo estímulo para nosotros? ¿No es un consuelo saber que el Señor nos conoce y sabe cuál es nuestro camino? ¿Y que permanece atento? Esto parte ya de dicha bienaventuranza: «Bienaventurados – dice Dios – si no seguís el consejo de los impíos, si no os ponéis en el camino de los pecadores, si no os sentáis en el círculo de los escarnecedores. Pero si me perteneces, entonces serás feliz». El Señor conoce el camino de los justos. Nos conoce y sabe por dónde caminamos. También nos recompensará todo lo que hagamos por Él en esta vida. No obstante, el camino de los impíos perecerá.

Dos caminos, dos fuentes. El malvado también tiene sus fuentes, de las que se alimenta. Se ocupa de toda clase de cosas, aunque no muestra valor frente a la eternidad y nada queda de él. Dos caminos. Pero ¿cuál es el nuestro? ¿Qué camino tomamos? ¿Pertenece a estos justos, que han sido justificados por la fe y han sido absueltos de su culpa? Si pertenecemos a su grupo, tiene sentido que vivamos y andemos rectamente delante de Dios.

Lo vemos en la epístola a los Romanos, que habla largo y tendido sobre nuestra justificación por la fe. Los ocho primeros capítulos son bien conocidos; luego se toca el problema de Israel, el antiguo pueblo de Dios (Ro 9-11). Y hay cuatro capítulos más, del 12 al 16, que tratan de cómo puede vivir y caminar rectamente en este mundo alguien justificado, un verdadero creyente. El Señor conoce el camino de los justos, así que por estos capítulos podemos realmente saber cuál es el camino justo durante estos tiempos, sus condiciones y características.

Y cuando pensamos en el Señor Jesús, como árbol plantado junto a los ríos de agua que da su fruto a su tiempo, vemos las cosas en su perfección. Con Él se tenía presente todo esto. Los cielos podían abrirse sobre Él, y Dios Padre testificaba, diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3:17). Aquí tenemos al Justo perfecto, el Señor Jesús, y todo lo que Él haga prosperará. Él es como un árbol plantado junto a ríos de agua.

Que el Señor tenga misericordia de nosotros y que podamos tomar partido por las personas que se distinguen de los impíos, los pecadores y los burladores. Sabemos que tenemos recursos celestiales, unos recursos que Dios mismo nos ha dado en su Palabra y por el Espíritu, de quien dependemos para caminar para la gloria de Dios y dar fruto para Su Nombre. En Su tiempo se puede esperar que haya fruto. El Señor espera encontrarlo en nosotros.

*Allí beberemos el arroyo  
de dicha sin fin en lo alto:  
Allí lo sabremos, sin una nube,  
Su amor pleno e ilimitado.*

---

 Online uitgeverij  
OudeSporen